

La Capilla Sixtina

LOS DESENCANTOS

Me llegan noticias alarmantes. Desde que se hizo pública la relación Mao-Nixon y, sobre todo, a partir del ingreso de China comunista en la ONU, un número no determinado de libritos con pensamientos de MAO han abandonado un número igualmente no determinado de mesillas de noche. El holocausto ha alcanzado a varios centenares de «posters» con la efigie caqui-amarilla del revolucionario chino. Algunos desencantados han colocado a Mao de cara a la pared. Otros han plegado y guardado el cartel en la piadosa tumba de la carpeta de los recuerdos juveniles. Alguno lo ha roto y se ha conformado con la más absoluta soledad religiosa entre las cuatro paredes de su habitación.

Mi amiga Encarna, la modelo, entró en mi casa el otro día hecha un basilisco.

—¡Han pactado con el parlamentarismo!

Gritaba y me señalaba la primera página de «Pueblo», en la que se comunicaba el ingreso de China comunista en la ONU. Lo que decía Encarna parecía un titular de «Pueblo», pero no lo era. Un magnífico titular perdido.

—No será tanto, mujer.

—Don Sixto, que usted se quedó con Bela Khun. Que yo le digo que cualquier sensibilidad evolucionaría moderna interpreta esto como un pacto con el parlamentarismo.

—Mujer, en gran parte puedes considerarlo como una victoria de China.

—¡Las victorias parlamentarias no nos interesan!

Ha gritado Encarna, súbitamente amarillada. Yo creía que el color era un alarde de mimetismo. Pero no. Encarna estaba al borde de la hepatitis y se pasó después una semana en cama postrada, amarilla y desencantada.

—Eso no se hace. Y ya me lo vela venir. Cuando se pusieron a jugar al ping-pong con los norteamericanos ya no me olió muy bien el asunto. Me dije: romper el aislacionismo es un paso adelante para la revolución mundial. Pero esto es excesivo.

En vano la consolaba. Encarna estaba afectada sobre todo por un desencanto religioso. Me puse a considerar los riesgos que reporta la mezcla religión-política. Como muy bien dice Fidel Castro, hay brujos de la cultura, pero también hay muchos revolucionarios y muchos políticos convertidos, tal vez a su pesar, en brujos de la revolución y brujos de la política. A Stalin se le convirtió (con su in-

negable ayuda) en un brujo de la revolución. Fidel, el «Che», Mao, han penetrado en la dimensión de la estampita y las oraciones racionalistas. Despiertan solidaridades emocionales más poderosas que las racionales, y los desencantos emocionales, en amor o en religión, suelen desequilibrar hasta el punto de pasar de la noche al día, de Moscú a Washington, de Gomorra a Sodoma.

—Encarna, mujer —le decía mientras intentaba que comiera un poco de arroz hervido y jamón dulce—, mientras no haya desaparecido universalmente el Estado ligado a la dialéctica de clase, seguirán existiendo razones de Estado. Piensa que a China le interesa romper el bloqueo y que a Estados Unidos le interesa que Japón venda en China lo que hasta ahora está vendiendo a los propios Estados Unidos.

—¿Y la revolución?

—Los caminos de la revolución son imprevisibles. Te diré lo que le contestó a San Agustín un niño argelino antiguo. Paseaba San Agustín por una playa de Túnez, o de Argel, y vio cómo un niño hacía repetidos viajes del mar a la arena con el cubito de plástico lleno de agua que allí vaciaba. San Agustín estaba sumido en problemas intelectuales críticos, casi heréticos, y el espectáculo del tierno infante borró las arrugas de su peligrosamente privilegiada mente: «Dime, niño adorado —dijo San Agustín—, ¿qué estás haciendo?».

«Estoy vaciando el mar» —respondió el niño, que era muy espabilado para su época y para vivir en el tercer mundo—. «¡Jo, jo, jo! —rió el santo con beatífica alegría—. ¿Pero no ves que eso es imposible?». Y entonces, Encarna, el tierno niño respondió: «Y tú, insensato, con tus meditaciones, ¿no ves que también es imposible adentrarse en los designios de la Providencia?». Quedó el santo conturbado, y cuando volvía el rostro hacia el niño, de donde lo había apartado por la conturbación, vio, ¡oh, maravilla!, que el tierno infante había desaparecido. Encarna... Encarna... ¡Encarna!

Pero la muchacha dormía con apariencia feliz. No me resigné a dejar sin término mi reflexión y le dije a aquel cadáver coyuntural:

—Hay razones del Estado que la Revolución no comprende.

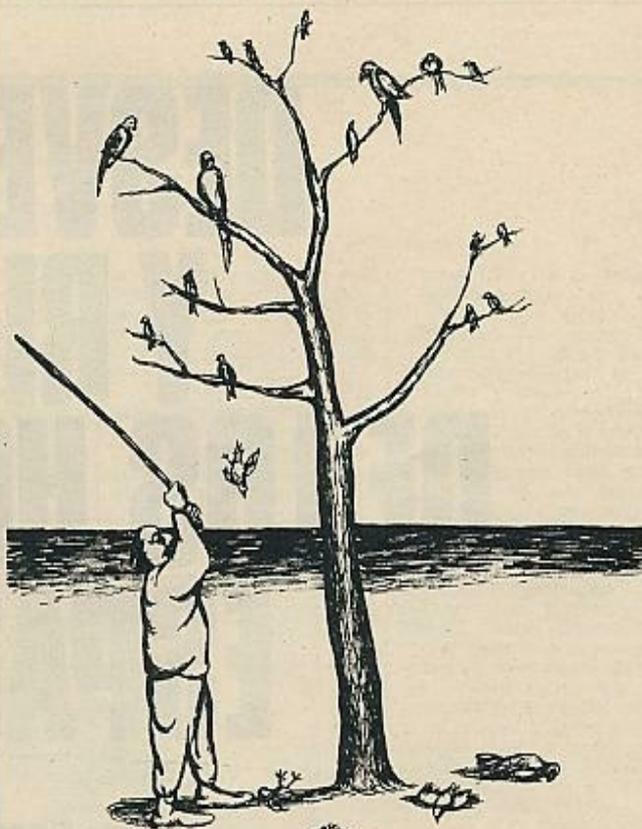
Pero, desde su sueño, Encarna me contestó:

—Don Sixto, por lo que parece, también hay razones de la Revolución que el Estado no comprende.

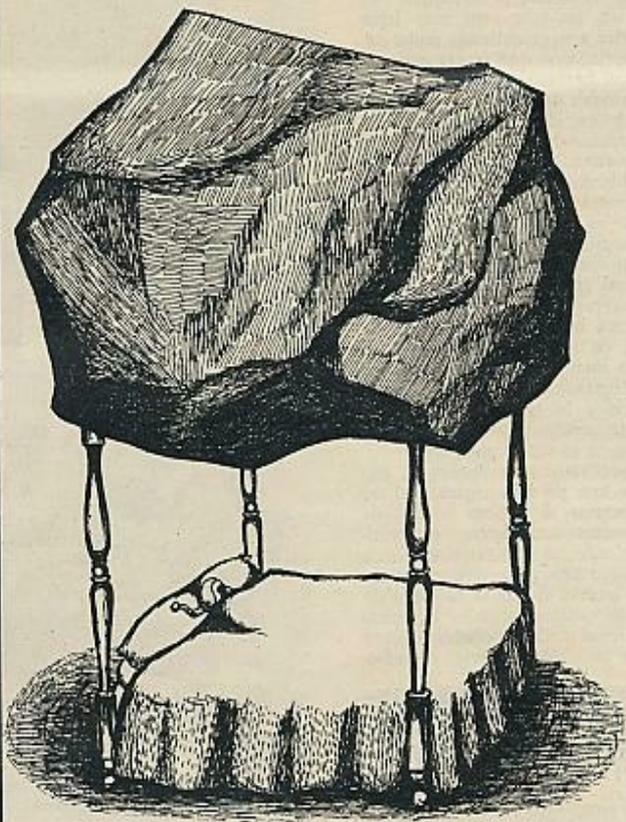
¡Insensata soberbia!

SIXTO CAMARA

OPS



OPS



OPS